

un breve tiempo y sin dilacion, bajo la pena de acabar como la nacion judía.

En el entretenimiento siguiente, que será el último, diré una palabra sobre las consecuencias de la solucion europea, como tambien de la eterna solucion del grande proceso humanitario.

ENTRETENIMIENTO TREINTA.

Consecuencias temporales de la solucion europea. Solucion eterna de la cuestion humanitaria.

En la terrible crisis que atravesamos, cualquiera que sea el partido que tome la Europa, Jesucristo ha tomado ya el suyo: antes del gran dia de las justicias, en que las tribus angélicas y todas las generaciones humanas doblarán la rodilla delante de su eterna monarquía, quiere hacer brillar el gran dia de sus misericordias, en que todos los pueblos dándose la mano al pié de la cruz, le adorarán en su cualidad de Dios Salvador de la humanidad.

A juzgar de esto por los preparativos, este dia no está lejos. ¿Qué son nuestros progresos en las artes, especialmente nuestros caminos de hierro,

nuestro vapor, nuestro telégrafo eléctrico, nuestros ensayos de navegacion aerostática? Ellos son para la última esplosion del Evangelio, lo que fueron las rutas romanas para la primera. La inmensa superioridad de nuestros medios de comunicacion y de accion presagian resultados de una grandeza incomparable en la historia del género humano. ¿Mereceremos nosotros por nuestra conversion venir á ser los gloriosos instrumentos de la conversion universal, ó por nuestra impenitencia seremos solamente como los antiguos romanos, los ciegos gastadores de los conquistadores espirituales del mundo? Hé aquí, amigos míos, lo que se deja á nuestra eleccion.

Sin embargo, la Sabiduría eterna no será engañada en sus miras sobre la familia europea. Jesucristo no perderá el fruto de los trabajos, de las lágrimas, de la sangre de sus obreros, desde S. Pedro y S. Pablo hasta Pio IX, y los que le suceden en las circunstancias presentes. Si la minoría católica no puede impedir la catástrofe á que nos arrastran las mayorías gobernantes, aun por los medios que ellas toman para evitarla, ella (la minoría católica) podrá templar y abreviar sus horrores. Ella ganará mas de apóstoles que de mártires, y estos apóstoles escapados de la tierra del fuego, serán para el universo lo que fueron los cristianos judíos, escapados de los desastres de la nacion deicida, una levadura poderosa de la

fermentacion católica en el universo. La fama de nuestro castigo dará á su palabra una fuerza irresistible. ¿Quién no ve que la última esplosion de nuestros volcanes revolucionarios, haciendo hundirse todos nuestros imperios minados por el espíritu anticristiano, resonará cien veces mas lejos que el incendio de Jerusalem? A este golpe de rayo, despertándose las naciones del profundo sueño del error, caerán al pié de la cruz y esclamarán: Señor, señor, ¡aun es tiempo! esta divina carta de la libertad universal, que nuestros abuelos europeos estaban encargados de hacernos conocer y amar, y que ellos han tenido la sacrilega locura de querer sofocar en su seno, es justo que nosotros la leamos á la luz de su hoguera.

No lo dudemos, amigos míos, todo está pronto para grandes cosas. No escuchéis mas á estos míopes, que no discerniendo nada en el cielo, ni sobre la tierra, en lo pasado y el presente, dicen: el mundo va é irá como él ha sido siempre. Pobres ciegos, ¿adónde queréis que vaya, pues que él está en el término de su camino, y que los espíritus que se ocupan de pensar convienen en que nosotros no vivimos mas que de espedientes, y que los espedientes que no se concluyen se desvanecen en humo? Sí, nosotros estamos bien y muy enredados en cadenas inestricables, forjadas por los nuestros que se llaman grandes hombres; pero que los dos extremos están en las manos de

Dios-Hombre, que quiere con aquella voluntad á la que nada resiste, que nosotros sirvamos á la regeneracion del universo por nuestra pronta vuelta á su ley, ó por la espantosa solemnidad de nuestro suplicio. El ha hecho mucho por nuestra Europa: nuestra Europa ha hecho mucho contra él, para que nosotros evitemos la grandeza de nuestro castigo, de otra manera que por la generosidad de nuestra penitencia.

Nuestra penitencia es para nosotros raza turbulenta de Jafet, pueblos cosmopolitas y viajeros, nuestra penitencia no es la de cubrirnos de ceniza y bañarnos con las lágrimas, sino la de reparar nuestros escándalos, y llenar, en fin, nuestra sublime mision; es la de tomar el baston del peregrino y el saco del apóstol. Nuestra devoradora codicia, y nuestras rivalidades desastrosas han llevado á todos los rincones del globo el terror de nuestras armas y la infeccion de nuestros vicios; es preciso que nuestra caridad, verdaderamente católica, vaya á desplegar la omnipotencia de sus remedios, y haga respirar á todos los pueblos los divinos perfumes de las virtudes cristianas. En una palabra, nosotros estamos destinados á ilustrar inmediatamente al pueblo, ó por el brillo de nuestra fé, ó por el incendio que llaman sobre nosotros nuestras inmundicias y nuestras infidelidades.

Anunciándoos, amigos míos, una solucion próxi-

ma seguida de un magnífico porvenir para el género humano, no quiero que os hagais ilusion sobre la naturaleza de este porvenir, que la mayor parte de entre vosotros no puede saludar mas que de lejos. Yo no quisiera que envidiaseis á vuestros nietos una felicidad que será grande, pero que no será despues de todo, sino la pequeña suma de felicidad que los hombres pueden gustar sobre el teatro del combate y de la prueba. Este triunfo de la verdad y del amor sobre el odio y el error, no podrá ser ni completo ni definitivo. El será como un sestear mas ó menos largo y delicioso en el laborioso itinerario de la humanidad, antes de la espantosa reaccion del mal, que hará levantar sobre las últimas ruinas del mundo el dia de la eterna justicia.

Entonces, solamente entonces, será cuando tendremos la solucion de las soluciones. Entonces será cuando Jesucristo glorificado y glorificador de todos los suyos, dará nuevo sentido á estas palabras, de que sus enemigos han abusado tanto contra la Iglesia: "Mi reino no es de este mundo."

Este reino de Dios, cuya promesa llena los libros santos, y que la Iglesia nos invita á solicitar cada dia por esta oracion: "Que venga á nos vuestro reino," este reino del que el porvenir anunciado poco antes, no será mas que una sombra: este reino, amigos míos, se desplegará en el mundo eterno con una magnificencia que ningun pensamiento humano podrá concebir ni describir.

Este reino de Jesucristo se desplegará sin medida sobre sus escogidos, á quienes dirá: Cuando tantos miserables me cargaban de desprecios y de ultrajes, vosotros me habeis hecho reinar públicamente sobre vosotros, por lo menos en la última hora, y habeis contribuido con vuestras oraciones y vuestros ejemplos, á hacerme reinar sobre vuestros hermanos: "Venid, pues, benditos de mi Padre á gozar del reino que os está preparado desde el principio: poco contento con que reineis conmigo sobre la universalidad de las creaturas, yo quiero que reineis conmigo: vosotros habeis hecho mi voluntad, "yo haré eternamente la vuestra."

Este reino de Jesucristo pesará con una justicia inexorable sobre la multitud de cobardes, cerdos y tigres que habrán dejado la vida antes de haber dado una honrosa satisfaccion al Autor de la vida; él les dirá: vosotros habeis sacudido con menosprecio el yugo dulce y ligero de la ley que yo os habia dado, yo que os habia creado y conservado únicamente por una inspiracion de mi amor, yo que por libraros de la esclavitud de Satanás y de vuestras malas pasiones, he llevado el amor hasta hacerme víctima en mi persona y en la de mi Iglesia, de los largos y grandes furores de Satanás y de los suyos. Vuestra vida no ha sido mas que una estúpida indiferencia, ó una diabólica aversion á mi doctrina, y habeis aplaudido

toda palabra opuesta á la mia, y á la de mi Iglesia: pues bien, id miserables á arrastrar en lo mas bajo del fondo de mi imperio el yugo de ignominia y de dolor forjado por vuestras propias manos. Sufrid la sentencia que diez mil veces he hecho resonar en vuestros oídos, y que no ha obtenido mas que vuestros sarcasmos: "id, malditos, al fuego eterno preparado para vuestro señor y maestro, y para todos los cómplices de su guerra absurda contra el Rey absoluto del tiempo y de la eternidad!"

Tal es, amigos míos, el decreto que cerrará la discusion final de que he hablado algo en la última leccion del "Despertador del pueblo:" decreto que señalando á cada uno en el mundo eterno el lugar que á cada uno le estará preparado, hará inútil toda reclamacion y terminará para siempre el grande proceso abierto desde el principio de los siglos, entre los siervos de Dios y los esclavos de la gran bestia.

Alguno de vosotros, segun lo que decia poco antes Mr. el Instructor, tienen todavía dificultad en conciliar con la bondad de Dios, la idea de unas pobres creaturas eternamente víctimas de los estravíos de una vida tan pasajera. Yo me limito á dos ó tres reflexiones, que les ruego mediten en el santuario de su conciencia. Primera: Cuando se trata de pronunciar sobre la bondad de Dios, y sobre el porvenir eterno de los hombres, ¿quién

es el juez competente? ¿Es Jesucristo, ó soy yo, aun cuando estuviera apoyado por toda la turba de los pancistas? ¿Conozco yo acaso á fondo el Ser divino? ¿He medido exactamente la estension de su bondad y su justicia? ¿Soy yo quien ha hecho al hombre y quien pueda saber las proporciones dadas á este ser misterioso? ¿Soy yo quien ha unido á un puñado de tierra maravillosamente organizada, una alma tan grande que nada puede contentarla aquí abajo sobre la tierra? No, esta es la obra del Verbo hecho carne, quien ha dicho: "Yo soy el principio y el fin, el Autor y Consumador de todo lo que existe.... Yo soy la verdad y la vida." Seria, pues, una imperdonable locura, preferir sobre esta materia, mi pensamiento y el de mis semejantes al pensamiento de Jesucristo, pensamiento espresado de la manera mas formal en cien lugares de la Escritura; pensamiento constantemente publicado y defendido por la Iglesia católica, é invariablemente creido por todos sus hijos; pensamiento, en fin, que es tambien el del mundo infiel, porque está bien probado que todos los pueblos antiguos y modernos han creido en una eternidad de suplicios para los malvados.

Segunda: El dogma de la eternidad de las penas, no solo es eminentemente humanitario y cristiano, sino que ademas es necesario para hacer hombres y cristianos. Cuando yo oigo á los pancistas decir: El dogma del infierno no es propio

mas que para hacer almas bajas y serviles, nosotros queremos tener hombres que sirvan á Dios y á sus hermanos por el noble motivo del amor! Cuando yo oigo estas habladurías, estoy con el ojo alerta para ver lo que ellos hacen, y luego tengo la prueba de que estas grandes almas aman todo, menos á Dios y á sus hermanos, y que ellos gustosos pondrian fuego al mundo por la mas grande gloria de su orgullo y de su panza. El temor solo del infierno no basta para hacer andar mucho tiempo por el camino de la virtud; pero es el freno necesario para contener al pecador que se precipita en el camino del mal, é impedirle que vuelva á caer cuando ha salido de él. "El temor del Señor es el principio de la sabiduría," nos dice el Espíritu Santo, y los hechos lo prueban bastante. ¿Dónde encontramos nosotros las obras y las virtudes verdaderamente dignas de un amigo de Dios y de los hombres? En las almas que se distinguen mas por su fé en la severidad de los juicios de Dios. ¿De dónde nacen los vicios, los desórdenes y los crímenes que desolan á la sociedad? Del olvido, y sobre todo, de la negacion del infierno. En suma, es la fé inalterable del infierno eterno, lo que puebla la tierra de penitentes, y de cristianos mas ó menos virtuosos, y el cielo de escogidos: ningun moralista ilustrado duda de esto. Es la incredulidad sobre este artículo fundamental, que viniendo á ser general ha llamado al in-